

PRIMERA VOZ DE PEDRO SALINAS (1924-1931)

Manuel José Ramos Ortega
Universidad de Cádiz

Aunque es mi propósito estudiar más adelante la poesía completa de Pedro Salinas, quisiera ahora entrar a considerar, siquiera brevemente, sus tres primeros libros: *Presagios* (1924); *Seguro azar* (1929) y *Fábula y signo* (1931).

Sabemos que la primera aparición de Pedro Salinas es bien temprana, nada menos que en 1911, a los veinte de edad, se imprimen en la revista *Prometeo*, a la sazón dirigida por Ramón Gómez de la Serna, sus primeros versos, que el propio Salinas no dudaría en calificar, años más tarde, de «espeluznantes». No obstante, parece que esta primera y temprana vocación poética se frena porque el primer libro de su vasta producción poética no aparece hasta el año 1924, aunque el período de 1911 a 1915 lo llenan las cartas escritas a su novia, Margarita Bonmati¹. Nada menos que trece poemas aparecen en este epistolario. Por fin, en la primavera de 1914, Salinas comunica a su novia que está poniendo en limpio sus versos para componer un libro. ¿Qué dificultad tendría un joven poeta, todavía sin oficio ni beneficio, para publicar sus versos? Naturalmente

1 Pedro Salinas: *Cartas de amor a Margarita (1912-15)*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

la económica. Hasta el año 1918 el joven Pedro Salinas no gana sus oposiciones a la Cátedra de Literatura de la Universidad de Sevilla. Antes, desde 1914, Salinas es lector en la Sorbona pero probablemente el sueldo da para pocas alegrías. Entre éstas, desde luego, no parece encontrarse la publicación de un primer libro juvenil de versos. Su madre tampoco parece proclive a prestarle el dinero que le hace falta. Entre otras cosas porque la forma de difusión de este proyectado libro parece, ciertamente, original: no quiere ponerlo a la venta «porque aquí no se venden los libros de poetas nuevos»², sino que los regalaría a los amigos.

Presagios, su primer libro, no aparece hasta 1924, es decir a los treinta y tres años de la vida del poeta. Confieso que este primer libro de poemas del autor de *La voz a ti debida* me hubiera pasado prácticamente desapercibido si no fuera porque, desde hace tiempo, se han grabado en mí las palabras de Luis Cernuda que cito a continuación:

... por aquella fecha aparece *Presagios*, libro capital en la actual época literaria española, ofreciendo ya totalmente la poesía de un poeta [sic] que, con Jorge Guillén, habrá de compartir luego, ahora, la supremacía poética española.³

Y más adelante el jovencísimo poeta de la calle del Aire precisa más todavía:

No puedo, sin embargo, hablar ahora tanto como quisiera de *Presagios*, *lectura decisiva para mi destino de poeta*, como decisivo fue también para mí el encuentro con su autor⁴.

2 Ibid, XXXIX.

3 Luis Cernuda: «Pedro Salinas y su poesía (1929)», en *Prosa Completa*, edición de Derex Harris y Luis Maristany, Barcelona, Barral Editores, 1975, p. 1218.

4 Me parece necesario advertir, aunque luego insistamos en ello, que estamos aún en 1929, cuando la influencia del joven profesor recién llegado a Sevilla a ocupar su Cátedra de Literatura Española, es todavía muy poderosa. Como sabemos, andando el tiempo, esta relación se enfriaría mucho, aunque no por ello haya elementos de juicio suficientes para pensar que Cernuda cambiara de opinión, al menos respecto a este primer libro, sobre el poeta madrileño.

Un inciso: sabemos que Luis Cernuda escribe estos párrafos en 1929. El poeta sevillano —«el más fino que le nació a Sevilla», en palabras del propio Salinas— acaba de marchar de Sevilla, para no volver jamás a ella, y el recuerdo de su joven profesor de Literatura está todavía muy cerca. Como lo están las primeras reuniones poéticas en su casa y los primeros escauceos poéticos. Las primeras recomendaciones literarias (poesía francesa *avant toute chose*) y el letrado, por recomendación de su joven maestro, en Toulouse. Luego vendría (¡Ay!) la publicación de *Perfil del Aire* y el silencio de Pedro Salinas ante los injustos ataques de la crítica al primer libro de su discípulo —«y me pasé un año sin conocer al poeta más hondo y más fino que le nació a Sevilla». Más tarde la separación.

Pero, a pesar de ello, el poeta de *La Realidad y el Deseo* ha tenido la honradez y la nobleza —*rara avis*— de escribir las palabras antes citadas sobre el poeta castellano y su primer libro, *Presagios*. Desde luego, y a partir de *Perfil del Aire* (1927), ya nada volvería a ser igual, pero es un *beau geste* por parte del discípulo.

Yo, en cambio, confieso que no he sentido la misma admiración que impresionó al joven poeta sevillano. No digo lo mismo de *Fábula y signo* y *Seguro azar*, hoy reunidos en un mismo volumen al cuidado de la hija del poeta, Solita Salinas, y publicado por Alianza Editorial⁵. Pero es que no encuentro justificación alguna a las palabras tan encomiásticas de Luis Cernuda para un libro tan primerizo e inmaduro, como no sea por el hecho, ya antes señalado, de estar provocadas por el agradecimiento y la amistad.

En el año 1955 —veintiséis más tarde— vuelve Cernuda sobre la poesía de Pedro Salinas —«Pedro Salinas y Jorge Guillén». En este artículo, publicado por primera vez en *México en la Cultura* y luego incorporado al volumen *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), la opinión del discípulo sobre el maestro, sin duda por el efecto de la perspectiva, es mucho más cauta y objetiva:

Entre los poetas de la generación de 1925 es Salinas uno de aquéllos cuya obra parece más difícil de apreciar en su

5 Pedro Salinas: *Poesías Completas* (1). *Fábula y Signo. Seguro azar, Presagios*, Prólogo de Solita Salinas, 1989.

valor justo; frente a la indiferencia de unos pesa bastante la admiración algo convencional de otros, y acaso sea necesario dejar que pase tiempo antes de decidir acerca de la aportación hecha por Salinas a nuestra lírica contemporánea⁶.

No obstante, a pesar de los años transcurridos desde el primer artículo, desde 1929 a éste, el poeta sevillano mantiene incólume su primitiva opinión sobre el libro *Presagios*:

Sin embargo, con recelo inevitable a lo que de aventurado haya en esta opinión [?], quisiera decir que *Presagios* me parece lo más importante de su labor; muestra ahí cualidades poéticas espontáneas en su temperamento [...] El hecho de que yo leyera *Presagios* siendo muy joven, y quizá menos acostumbrado al examen objetivo de mi lectura, no creo que tenga parte en la simpatía por dicho libro⁷.

Y más tarde el ya maduro poeta de *La Realidad y el Deseo* apostilla sin titubeos:

...su relectura [la de *Presagios*] ulterior me ha confirmado en la creencia de que es el libro de más valor entre los de Salinas. Y también uno de los más valiosos en la generación de 1925⁸.

Después de estas dos últimas citas me parece que no hay dudas: para Cernuda *Presagios* es el mejor libro de poemas publicado por Pedro Salinas. Como quiera que al principio de este artículo yo he planteado mis dudas al respecto, quisiera confrontar mis ideas sobre el libro con los juicios de Cernuda sobre este primer poemario de Salinas.

El libro *Presagios* consta de 49 poemas que, según la clasificación temática que hace el propio Cernuda, se pueden agrupar bajo los siguientes epígrafes: «1º) poemas de tono prosaico y realista [...]

6 Luis Cernuda: ed. cit., pp. 436-437.

7 Ibid, 437.

8 Ibid, ibid.

2º) poemas de cierta riqueza expresiva, un tanto gongorina [sic] [...]; y 3º) poemas de tono intelectual e ingenioso [...]»⁹.

Al parecer, la cualidad que más aprecia Cernuda de este primer libro de Salinas es la sencillez –rayando a veces en el prosaísmo–. Sencillez de la que va apartándose deliberadamente –quizá por influencia de Guillén– hasta llegar a convertirse –siempre según Cernuda– en un poeta «ingenioso de tendencias cosmopolitas»¹⁰. Está claro que Cernuda utiliza estos dos adjetivos («ingenioso» y «cosmopolita») en un sentido claramente peyorativo. Como lo confirman las palabras siguientes:

...llegando, si no a desconocer enteramente su naturaleza poética propia, casi hasta malograrla.

No hay que olvidar –y no pretendo su justificación– que Cernuda no simpatiza –no lo hizo nunca– con las tendencias poéticas del arte de vanguardia, en el sentido de tomar el arte como juego. Ni arte como juego ni «poesía pura» según la entiende el poeta de la calle del Aire. Para Cernuda la poesía es y debe ser comprometida. De ahí que no le digan nada los versos de *Seguro azar* y *Fábula y Signo*, los dos libros posteriores a *Presagios*.

Por el contrario mi tesis es que estos tres primeros libros de Pedro Salinas hay que leerlos juntos, como muy bien ha hecho la editorial Alianza al agruparlos en un primer volumen de sus *Poesías Completas*. Y que en función del gongorismo y de la teoría del arte por el arte es justificable y asumible el tono lírico de este primer Salinas.

Hagamos la prueba. Cojamos –no al azar– un poema del grupo que Cernuda denomina de «tono prosaico y realista»:

Un viejo chulo la dijo
(la chiquilla era inclusera):
«¡Bendita sea tu madre!»
Al pasar junto al cuartel,

9 Ibid, 432.

10 Ibid, 433.

un soldado la gritaba
(la niña
tenía el cuerpo podrido):
«¡Olé tu sangre, muchacha!»
y un mocito
que era de la torería
la juró un día de abril
(Dios la iba a matar en mayo)
«¡Chiquilla, tú eres mi vida!»

Después de leer este poema que –no lo olvidemos– Cernuda inserta dentro del grupo de tono picaresco, confieso que estoy en franco desacuerdo con el juicio del autor de *La Realidad y el Deseo*:

[...] Salinas parecía más bien un poeta sencillo y directo, en ocasiones deliberadamente prosaico, en los [libros] siguientes se desvía de lo que tal vez era su camino verdadero¹¹.

«Verdaderos» [?] denomina, un poeta de la sensibilidad de Cernuda, los versos antes citados. Confieso mi perplejidad.

Si por ingenio o artificiosidad entiende Cernuda falta de sentimiento o ausencia de emoción, confieso que encuentro mucho más emotivos y sentimentales –en el mejor sentido de la palabra– los poemas de *La Voz a ti Debida* (1933) y *Razón de Amor* (1936). Pero desde luego no tanto los versos de *Presagios*. Estoy, por tanto, mucho más conforme con juicios como los de Solitas Salinas:

[...] *Presagios* nos muestra al joven Salinas forjándose un lenguaje nuevo, como hablado¹².

Como bien reconoce la propia Solita Salinas, el sentimentalismo e incluso el prosaísmo de los primeros versos de Pedro Salinas procede de las *Historias para niños* de Juan Ramón Jiménez e incluso también hay aquí un prosaísmo relacionado con Campoamor (1817–1901). «El ejemplo de Laforgue, su voz cotidiana y callejera»¹³. Laforgue, Jules Laforgue (1860–1887), es el poeta francés

11 Ibid, ibid.

12 Ed. cit., p. 11.

13 Ibid, ibid.

que influye en el propio Juan Ramón Jiménez y es admirado por Pedro Salinas «porque aspira a llevar a sus versos la palabra hablada de todos los días ¡Que nuestra vida sea un himno cotidiano!»¹⁴.

Prosaísmo, Laforgue, Campoamor. Hemos llegado a un punto en el que es necesario detenerse. En los *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957) escribe Cernuda un buen ensayo sobre Ramón de Campoamor. Hay allí más de una frase que viene al pelo para explicar la defensa del prosaísmo en la primera poesía de Salinas. Citemos un par de ellas:

Campoamor ha pasado a ser para nosotros [...] el poeta prosaico por excelencia, y su expresión y lenguaje por ejemplo de vulgaridad. Sin embargo, el juzgarle así se olvida su mérito principal: haber desterrado de nuestra poesía el lenguaje preconcebidamente poético¹⁵.

Y más tarde añade:

Dígame lo que se quiera de Campoamor como poeta; no por eso debe dejar de reconocerse la deuda que nuestra poesía tiene con él por haber desnudado el lenguaje de todo el oropel viejo, de toda la fraseología falsa que lo ataba¹⁶.

Busquemos, pues, el hilo de nuestra argumentación. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué el joven Cernuda queda impresionado en 1924, al aparecer *Presagios*, y llega a escribir en 1929 párrafos como los siguientes?:

En el año 1918 marcha Salinas a Sevilla, con él van una inteligencia y una sensibilidad universales en la época actual [...]. Se diría Boscán [sic] llegando entonces con aquel itálico modo, pero un Boscán que fuese un Garcilaso, con toda su aristocracia de cultura, gracia y pensamiento. Y su estancia es decisiva para la juventud sevillana que entonces comienza¹⁷.

14 Ibid, 10.

15 Luis Cernuda: ed. cit., p. 310.

16 Ibid, 312.

17 Ibid, 1218.

¿Es necesario añadir algo más?: Boscán, Garcilaso... Las comparaciones son odiosas, pero en este caso no se necesitaba llegar a tanto, ni Pedro Salinas lo va a necesitar más adelante.

Pero volvamos a lo nuestro. ¿Qué es lo que ha impresionado al joven, al todavía inexperto Luis de la actitud poética de uno de sus primeros modelos?. Pues es muy fácil: la sencillez, la falta de artificiosidad. Está muy claro, Salinas es para Cernuda lo que pudo ser –salvando las distancias– Campoamor para Antonio Machado. Lo ha dicho él mismo: el valor histórico de Campoamor consiste en haber desterrado de nuestra poesía el lenguaje supuestamente poético que utilizaron neoclásicos y románticos. Y no olvidemos que cuando Pedro Salinas y toda la generación de 1925 –por utilizar los mismos términos que Luis Cernuda– comienzan a escribir, el modelo de Rubén Darío y todo el modernismo está muy próximo y su influencia aún se deja sentir. La reacción era lógica. Quizá por ello, al final de su artículo sobre Campoamor, no duda Cernuda en apostillar refiriéndose a éste y a Rubén:

... Y entonces tal vez comencemos a dudar cuando composiciones más cercanas en el tiempo, como la *Marcha Triunfal*, de Darío, nos parecen ya muertas, si en cambio otras más distantes, como *¡Quién supiera escribir!*, de Campoamor, no guardan todavía algún rescoldo vivo¹⁸.

El rescoldo, en el caso de L. Cernuda, también en muchos de los poetas del 27, cuando no vuelven sus ojos a los Cancioneros de nuestro siglo de oro –caso de Rafael Alberti–, es Antonio Machado, es Unamuno... Los hijos vuelven los ojos a los abuelos, pero desprecian a los padres. Y el modernismo, al menos para los poetas más jóvenes, está demasiado próximo y todavía amenazante.

Así pues, Cernuda, entre los primeros libros del maestro, prefiere *Presagios*. Segunda tesis: de entre los poemas preferidos de este primer libro, el poeta sevillano elige aquellos que tienen un tono prosaico, alejados de las nuevas tendencias vanguardistas de la poesía pura y el arte por el arte.

18 Ibid, 315.

Mi opinión –y lamento no coincidir con el poeta de *La Realidad y el Deseo*– es justamente la contraria. De la trilogía saliniana, hoy editada por Alianza, prefiero *Seguro azar y Fábula y Signo*, aunque hay poemas en *Presagios* que fueron también aceptables. Y, en segundo lugar, si hay poemas, dentro de esta primera obra, que merezcan ser salvados y aplaudidos, sin duda son aquéllos que se inscriben, estilísticamente hablando, dentro del llamado arte de vanguardia. Trataré de demostrar mi tesis basándome en los mismos puntos programáticos que utilizó Luis Cernuda, en 1957, para defender las características generacionales del grupo poético –por él denominado– de 1925¹⁹.

Los citados puntos, sintetizando mucho el artículo citado, son los siguientes:

- 1º La característica primera del grupo es el cultivo de la metáfora.
- 2º La segunda nota característica es la tendencia clasicista. Entendiendo clasicismo en un sentido muy amplio, que defiende modelos no sólo de la antigüedad greco-latina, sino también de la más inmediata contemporaneidad. Para dar un ejemplo: en Francia, Gide y Valéry serán escritores clásicos.
- 3º Defensa del gongorismo.
- 4º Estos escritores escriben bajo la influencia del surrealismo –como a Cernuda le gustaba denominarlo– francés.

Como aplicación, y en demostración ilustrativa de mi tesis, he elegido tres poemas de cada uno de los tres primeros libros que pueden representar todas y cada una de las etapas anteriores enunciadas por el propio Luis Cernuda y que, de alguna manera, neutralizan la idea de un Salinas no proclive a los nuevos tanteos poéticos de la lírica de vanguardia.

El primer poema es un soneto –en donde se aúnan clasicismo y gongorismo– de *Presagios*; con el número 25 de la edición de Solitas Salinas:

19 Luis Cernuda: ed. cit., p. 415 y 85.

¿Adónde ir? Envuelta toda entera
en neblina sutil la ciudad yace.
El lírico hipogrifo sueños pace
inclinada la testa, en la pradera
más íntima del ser y considera
con deleite amoroso el fuerte enlace
que a quietud le sujeta y que deshace
el ansia de la ruta viajera.
No hay nada afuera que me ponga linde:
ni camino que incite ni montaña
que dulce trasponer al alma sea.
La vida al interior pañal se rinde
y libre al fin de la atadura extraña
dentro de sí sus horizontes crea.

En la misma lírica –clásica y gongorina– podríamos citar los sonetos número 23 y 24. Hago gracia al lector de no copiarlos, sobre todo cuando él mismo los puede leer en la citada edición.

Advierte L. C. de la primera característica –según él– de esta generación: el cultivo de la metáfora. Como ejemplo daré solamente uno, perteneciente a *Seguro azar*, curioso antecedente del poema de Rafael Alberti «Se equivocó la paloma». Se titula «Figuraciones» y es una paleta de colores variopinta, en donde la metáfora se alía con el impresionismo más esquemático:

«Figuraciones»

Parecen nubes, Veleras,
voladoras, lino, pluma,
al viento, al mar, a las ondas
–parecen el mar– del viento,
al nido, al puerto, horizontes,
certeras van como nubes.

Parecen rumbos. Taimados
los aires soplan al sesgo,
el sur equivoca al norte,
alas, quillas, trazan rayas,
–aire, nada, espuma, nada–,
sin dónde. Parecen rumbos.

Parece el azar. Flotante
en brisas, olas, caprichos,
¡qué disimulado va,
tan seguro, a la deriva
querenciosa del engaño!

¡Qué desarraigado, ingrávigo,
entre voces, entre imanes,
entre orillas, fuera, arriba,
suelto! Parece el azar.

Y por fin, lo que menos gusta a L. Cernuda: el arte de vanguardia, el futurismo, el culto al maquinismo, a la técnica. Al hablar de la poesía de Pedro Salinas, el maestro Dámaso Alonso destaca una característica en ella, común a la poesía contemporánea: «Su irrealidad, o capacidades de extraer de las cosas del mundo otra posible realidad íntima, invisible para el sentido común, pero clara y muy verdadera para el sentido poético»²⁰.

Cuando hablamos de surrealismo o superrealismo olvidamos muy a menudo que éste fue un movimiento de época muy ligado a los nuevos inventos de principios de siglo: el cinematógrafo, el automóvil... La realidad de los felices veinte es, en efecto, la de los «tiempos modernos». Los dos poetas del 27 que cantan con un mayor entusiasmo las nuevas maravillas son Rafael Alberti y Pedro Salinas. El propio Cernuda ha sido víctima de equívocos e interpretaciones erradas, incluso en poemas tan aparentemente neutros como el que lleva por título «Quisiera estar solo en el sur», de la serie *Un río, un amor* (1929), que no es más que un homenaje a las viejas composiciones musicales del jazz americano.

La realidad de los años veinte tiene, pues, esta vertiente de ensalzamiento a los emocionantes «tiempos modernos», al cine, y, sobre todo, al automóvil, como en este poema de *Fábula y Signo* (1931):

²⁰ Dámaso Alonso: «Un poeta y su libro», *Revista de Occidente*, tomo XCVIII, 1931, pp. 239-246.

«Radiador y fogata»

Se te ve, calor, se te ve.
Se te ve lo rojo, el salto,
la contorsión, el ay, ay.
Se te ve el alma, la llama.
Salvaje, desmelenado,
frenesí yergues de danza
sobre ese futuro tuyo
que ya te está rodeando,
inevitable, ceniza.
Quemas.
Sólo te puedo tocar
en tu reflejo, en la curva
de plata donde exasperas
en frío
las formas de tu tormento.
Chascas: es que se te escapan
suspiros hacia la muerte.

Pero tú no dices nada
ni nadie te ve, ni alzas
a tu consunción altares
de llama.

Calor sigiloso. Formas
te da una geometría
sin angustia. Paralelos
tubos son tu cuerpo. Nueva
criatura, deliciosa
hija del agua, sirena
callada de los inviernos
que va por los radiadores
sin ruido, tan recatada
que sólo la están sintiendo
con amores, verticales,
los donceles cristalinos,
Mercurios, en los termómetros.

Al terminar *Fábula y Signo*, tercero de esta primera serie poética de la obra de Salinas, el tono y clímax están ya preparados para emprender la escritura de su próximo y más feliz libro: *La voz a ti debida* (1937). Pero ésa es otra historia en la que por ahora no entro.